

# La Voz de Alicante

Martes 24 de Diciembre de 1907

REDACCION Y ADMINISTRACION

SAN FERNANDO, 34, BAJO

La correspondencia al Administrador

Núm. 1.483

Teléfono n.º 184

Apartado n.º 85

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Alicante, un mes, 1'25 peseta.

En el resto de España, trimestre, 4'25

Número suelto, 5 céntimos

DOS EDICIONES DIARIAS

NO SE PUBLICA LOS DIAS FESTIVOS

## Diario de un reporter

— Señor Reporter va usted a decir algo del chanchullo escandaloso que se ha cometido este año con la Lotería de Navidad? — ¿Un chanchullo? — Pero de los grandes! Una verdadera merienda de negros. Un juego de compadres, que no tiene perdón de Dios. — ¿Está usted seguro? — No he de estarlo? Si eso lo sabía yo hace muchísimo tiempo. — ¿Y no lo ha dicho usted hasta ahora? — ¡Psch! No me hubieran hecho caso. Pero yo sabía de antemano que el sorteo de Navidad estaba amañado y entabla en la composición pactada entre Maura y los solidarios catalanes. — ¿Qué barbaridad! — Sí, sí, barbaridad; riase usted, pero mire si ha salido cierto. — ¿Ha salido cierto? — ¡No lo está usted viendo, hombre de Dios! — Explíquese usted. — Pues no tiene más que fijarse en la lista de los premios que traen los periódicos. Vea usted: primer premio 2.048, Barcelona. Este número lo lleva Cambó. Píjese en la significación del número: El 20 España y el 48 la negra. ¡La España negra! — ¡Alto ahí! Eso, más parece una novela de Blasco Ibáñez. — Bueno, bueno. — Segundo premio: 27.033, Madrid. Este lo juegan entre La Cierva y Puig y Cadafalch. También tiene su intrínseco. El 27 la pajareta, que es el ministro de la Gobernación; y el 33 la torre; Puig y Cadafalch es arquitecto. — ¡Cuánto disparate! — ¡Hombre no sea usted candidato! Cuando le digo a usted que yo lo sabía todo... El tercer premio también es de Barcelona. Lo juegan en la Liga y está muy repartido entre Beltrán y Musitu, Suñer y Capdevila y otros tales. El cuarto se ha quedado en Madrid; un veintidos mil. ¡No le dice a usted nada ese 22? — A mí nada. — Pues está clarísimo. El 22, los dos patitos. Ese número lo juega íntegro Romanones, el cual citaba en el secreto de la combinación y amenazó con un escándalo en las Cortes si no se le daba parte. — ¡Vaya con el conde! — ¡Sí, señor, es conde! — El quinto premio no ha caído en Madrid ni en Barcelona. — Pero es lo mismo. Se ha quedado en Reus, carrer de les Creus, Reus dió una espléndida votación a la solidaridad y Ruxinol ha querido que los paisanos de Fortuny no se quedaran sin nada. Los premios sexto, séptimo, octavo y noveno, se hallan repartidos entre Madrid y Barcelona. Barcelona y Madrid. — ¿Y a quiénes habrá to-

cado? — Se lo diré a usted. Todo ese dinero es para contentar a los ansiosos de la política catalana y anticatalana. Pedro Coronas, el Sr. Stanley, Osasio Gallardo, Navarro Réverter, que quiere partir en todo; Lerroux que no calla, Memento a expolición de anarquistas y explicador de toros, toda la gente de segunda, tercera y cuarta fila, han sido agraciados con diversos nomos. El proyecto de Maura ha sido pues de lo más completo. La solidaridad ha obtenido un triunfo más. Y Maura, el tuesdo Maura, dobla su arrogancia ante el empuje de los solidarios, a quienes ha tomado un miedo cerval. — Pero oiga usted una pequeña pregunta. — ¿Cuál? — ¿Y a usted no le ha tocado nada en esta lotería? — Nada ¡ni un real! — ¿Y sabía usted lo que había de suceder? — ¡Sí, señor! Pero le escribí a Ventosa pidiéndole una participación de cinco pesetas y ¿sabe usted lo que me contestó? — ¿Qué mientras no fundemos en Alicante la solidaridad no veremos un cuartel

## CARTA PASTORAL DEL EXCMO. E. ITMO. SR. DON JUAN MAURA Y GELABERT

OBISPO DE ORIHUELA al clero y fieles de nuestra Diócesis

Venerables Hermanos y Amados Hijos: (CONTINUACIÓN)

Hasta aquí, no hemos hecho más que exponer el concepto de la humildad, examinando esa virtud bajo su aspecto especulativo. Pero la humildad tiene, además, otro punto de vista interesantísimo para la vida cristiana, puesto que es una virtud esencialmente práctica. No basta conocer a fondo los principios en que se funda la humildad, ni las razones poderosísimas que a ella nos obligan; es necesario, además, llevarla puntualmente a la práctica.

¡Ay, A. H.!, ¡Cuántas ilusiones nos forjamos respecto de esta virtud! Conocemos perfectamente nuestra miseria; tenemos clara conciencia de nuestra flaqueza y nuestra nada; y hasta nos engolfamos a veces en la meditación de estas verdades que nos impresionan vivamente y atraen de nuestros ojos lágrimas de compunción y temura; y llegamos a persuadirnos

de que hemos alcanzado ya aquella hermosísima virtud, de que somos ya positivamente humildes. Con harta frecuencia son víctimas de tan peligrosa ilusión personas consagradas de lleno al ejercicio de la piedad, las cuales se figuran que especulando sobre la humildad, son humildes; que ensalzándola la poseen; y que reconociendo cuán acepta es a Dios y cuán meritoria, son partícipes de su valor y sus méritos.

Y no es así, A. H. Afortunadamente, para la humildad hay una piedra de toque que no falla, y en ella podemos probar si lo que nosotros tenemos por oro puro, es pura escoria; si lo que creemos ser amor a esta virtud, es sencillamente amor de nosotros mismos.

Esta piedra de toque es, A. H., la experiencia de lo que en nosotros ocurre. Y por desgracia, lo que ocurre es que al examinar nuestra conciencia, al estudiar a nosotros mismos, solemos por regla general, encontrarnos mejores y más perfectos de lo que somos en realidad. Para nuestras faltas tenemos a menudo una atenuación o una excusa; para nuestros vicios un paliativo o un pretexto que disminuya la culpabilidad, o nos permita ser con ellos indulgentes. Casi siempre nos comparamos con los que son peores que nosotros, o tienen defectos de más relieve y más repugnantes; para inferir de ahí que, si no somos tan buenos como deberíamos, no somos, en cambio, tan malos como pudieramos ser; y cual otros fariseos, nos gloriamos de virtudes ficticias y aparentes, queriendo ser por ellas considerados y aplaudidos, pues nos importa más el aplauso y la buena opinión que la verdadera virtud, y somos más solícitos y diligentes para adquirir aquéllas que para alcanzar ésta. Lo cual, como dice un piadoso escritor, «es como un género de idolatría, en que quitando la honra al verdadero Dios, pone el hombre todo su cuidado en formar una imagen de sí mismo, y un ídolo tan grande y tan hermoso pudiere en las imaginaciones de los otros, para que allí sea reverenciado y adorado por ellos. Y es cierto que no se cela tanto la limpieza de los altares y de las imágenes de los templos verdaderos, cuanto celamos que esta nuestra imagen esté limpia y resplandeciente en los corazones ajenos. Y no haciendo caso de carecer de la virtud o de otros dones naturales o sobrenaturales, le hacemos grandísimo perder la opinión, ó la reputación de

ellos; la cual procuramos sustentar con toda diligencia, no haciendo ninguna en y sustentar la virtud que la merece. (P. La Pám a.)

Efectivamente, A. H., si ahondásemos en lo poco bueno que hemos realizado, e inquiriésemos cuál fué la intención que nos dirigía y los móviles que nos impulsaban, tal vez descubriríamos que ni aquella fué muy recta, ni éstos fueron muy santos. Porque cuántas veces no ocurre que practicamos el bien por miras interesadas ó por motivos de amor propio. ¡Cuántas veces dejamos de cooperar a las obras buenas porque no se nos permite ocupar el primer puesto y no queremos figurar en segunda fila! Las obras modestas y oscuras que se practican sin más testigos que Dios y la conciencia, tienen para nosotros poco atractivo y casi nunca obtenen nuestra preferencia, si se ofrece el caso de elegir entre ellas y las que son públicas y aparatosas.

Ya veis, pues, A. H., cuán distantes estamos todavía de ser humildes de verdad; y la causa de ello es, sin duda alguna, el amor propio. El amor propio es un enemigo muy solapado, muy astuto y muy sutil, que en estas cosas, como en otras muchas, nos engaña miserablemente. Por eso dice con mucha razón un autor ascético: «Este amor propio que dentro de nuestros pechos traemos, es tan sutil, que en todas las cosas se entromete y tan escondidamente, que apenas hay quien le conozca, y muchas veces engaña y miente a su propio dueño.» (P. Granada.) Y tanto es así, que, a las veces, se viste con la capa de la humildad y se presenta a nuestros propios ojos con todas las apariencias de esta hermosa virtud. Pero, aun en estos casos, no es imposible reconocerle, desenmascararle y confundirle; porque el amor propio, a pesar de toda su habilidad y astucia, tiene muchos puntos flacos y en tocando a alguno de ellos, el edificio levantado sobre la falsa humildad, se derrumba enseguida y viene al suelo con estrépito.

Cuando la humildad es fingida, cuando no es virtud, sino añagaza del amor propio, basta con herir a éste, aunque sea ligeramente, para verlo levantar airado la cabeza y enseñar toda la vanidad y soberbia que ocultaba con mentidas apariencias de virtud. Oid cómo pinta de mano maestra estos amaños del amor propio el autor antes citado: «No te contentes, dice, con la imagen y apariencias de la humildad, como hacen algunos

que en lo de fuera son humildes y en lo de dentro soberbios; á los cuales reprendió San Jerónimo en una epístola por estas palabras: Huye de la humildad fingida y abraza la verdadera que Cristo nos enseñó, en la cual no hay soberbia disimulada. Porque muchos siguen la sombra de esta virtud y pocos la verdad. Fácil cosa es traer la vestidura vil, hablar blandamente, besar las manos y las rodillas y prometer humildad con la cabeza inclinada y con los ojos bajos, hablar con voz humilde, suspirar muchas veces y á cada palabra llamarse miserable y pecador. Y si al que esto hace tocáredes con una palabra liviana, luego veréis como levanta las sobrecejas, hincha la garganta y muda aquel blando sonido de voz en clamores..... Por tanto, procura alcanzar la verdadera humildad. No aquella que se muestra en la figura del cuerpo con palabras blandas; sino la que sale del corazón.»

Pero es más temible aún, A. H., el amor propio cuando toma figura y apariencia de mérito y de justicia, es decir, cuando se oculta no ya bajo la capa de humildad, sino bajo el vistoso y llamativo traje del valer personal. Entonces según la gráfica frase de un autor, el amor propio entra con pies de lana lisonjeando al hombre. Eslo es harto frecuente por desgracia nuestra. Pues no es raro el encontrar personas tan pagadas de sí mismas, que se tienen por indiscutibles, y se figuran reunir méritos sobrados para ser en todo los primeros y los preferidos, y atraer sobre sí las miradas y la atención de los demás. De aquí proceden, dice otro piadoso escritor, las pretensiones tan locas de los oficios y cargos, que uno ni los merece, ni, después de alcanzados, tiene hombros para sustentarlos ni caudal para administrarlos. Y de la misma raíz nacen las propias alabanzas tan desmedidas y exageradas, fabricadas para la negociación y no ajustadas con la regla de la verdad. (Padre La Palma.)

(Se concluirá.)

### LA MISIÓN DEL SACERDOTE

Algunos piensan que la misión del sacerdote se reduce á rezar, confesar, decir Misa y predicar en la iglesia, y que de ahí no puede salir.

Los que así piensan están engañados. La misión del sacerdote se extiende á

De todos modos es lo cierto que el separar Paulet de Escocia, separó Paulet violentamente de su lado al capellán que allí tenía oculto, y á su mayordomo Andrés Melvil Encerróles en el mismo castillo, lejos de su señora, y nadie ha explicado nunca ni la razón de esta violenta medida, ni cómo se descubrió la estancia del sacerdote en Fotheringay, ni quién fuera este misterioso capellán de que hablan todos los historiadores sin nombrarle ninguno. El erudito Mignet le llama Préau ó Dupréau, sin decir dónde haya encontrado este nombre; y el P. Rivadeneira, que debía saberlo, sin duda, pues tomó sus noticias de los mismos servidores de la Reina que presenciaron su muerte, y escribió en el mismo año de la cruel tragedia, calla sin embargo su nombre con estudiada prudencia, y limitase á decir que por particular beneficio de Nuestro Señor tuvo la Reina consigo el Santísimo Sacramento, todo el tiempo de su prisión, y á narrar

... No se habló más del asunto, como Isabel había mandado; pero el tesorero de guerra con la firma de la Reina y el sello de Canaliher, habiendo ya traido Ocili la Comandante, y éste se habia ido á la Reina. En un momento se levantó una gran multitud de soldados para todos los cuarteles y se fue á la Reina. En el momento de salir se abrió la puerta de la Reina de Escocia, y se le dio Paulet, con esta carta y el decreto de guerra, para el castillo de Fotheringay. En un momento se redujo su ejército, y formada parte de él un hombre extranjero y testarudo, llamado de nombre Paulet, se puso á la cabeza de una columna de soldados, y se fue á la Reina.

ligión, del bien público y de la prosperidad del país, todo lo que la razón y la política exigen. Vuestra conciencia quedaría tranquila ante Dios, y vuestra reputación sin tacha, ante los hombres, puesto que tenéis hecho el juramento solemne de la Asociación, y puesto que los cargos alegados contra esa Reina resultan probados evidentemente. Por este motivo, el desagrado de S. M. es grande, al ver que los hombres que se dicen adictos á su persona, como vos lo sois, faltan á sus deberes y descargan sobre ella todo el peso de este negocio, sabiendo su repugnancia á verter sangre, y sobre todo la de una persona de ese sexo y de ese rango, y tan próxima parienta suya.

Mucho turban estas consideraciones á S. M. y podemos aseguraros que ha protestado repetidas veces, de que si no la preocupasen más que los peligros que pueda correr ella misma, los que corren sus buenos súbditos y fieles servidores, jamás consentiría en que se derramase la sangre de esa Reina. Hemos creído que convenía enteraros de estos sentimientos que S. M. ha expresado hace muy poco tiempo, y someterlos á vuestro buen juicio. Y con esto os encomendamos á la protección del Todopoderoso vuestros buenos amigos, Francisco Walsingham y Nicolás Davisson.»

Recibió esta carta Amyas Paulet el 2 de Febrero á las cinco de la tarde; y una hora después ya había rechazado también el viejo puritano la tremen-





